



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos
Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales
y de Espiritualidad

ECOS A LA PRIMERA ASAMBLEA ECLESIAL DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

ARTÍCULOS BOLETÍN ACADÉMICO EDICIÓN N° 11 - FEBRERO - MARZO



INSTITUTO
BIBLICO PASTORAL
LATINOAMERICANO



Centro Fuego Nuevo
Evangelización y Catequesis

Centro
Rafael
García
Herreros 
Pensamiento social de la Iglesia



UNIDAD DE ESPIRITUALIDAD
EUDISTA

ASAMBLEA ECLESIAL DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
BOLETÍN ACADÉMICO EDICIÓN No 11 - FEBRERO - MARZO
2021

P. Fidel Oñoro Consuegra, CJM
*Decano Facultad Facultad de Estudios Bíblicos,
Pastorales y de Espiritualidad*

Alirio Raigozo Camelo
Director del boletín

Ivonne Adriana Méndez Paniagua
*Secretaria Académica Facultad de
Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad*

Jhon Freddy Mayor
Director Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano (IBPL)

P. Álvaro Duarte, CJM
Director Unidad de Espiritualidad Eudista (UEE)

P. Hermes Flórez, CJM
Director Centro Rafael García Herreros (CRGH)

Fabio Camacho Pardo
Director Centro Fuego Nuevo (CFN)

Noticias Internacionales

Hans Schuster

Diseño, diagramación y Publicación

Juan David Forero Orellanos

Corrección de estilo

Norma Constanza Reyes Escobar

Karol Andrea Valencia Avilés

Colaboración:

Mg. Jhon Fredy Mayor, Dr. P. Álvaro Duarte, CJM, Juliana Triana, Dr. Alirio Raigozo Camelo, Mg. Manuel Tenjo Cogollo, Mg. Hans Schuster, Mg. Norma Constanza Reyes, P. Hermes Flórez, CJM

**Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales
y de Espiritualidad - FEBIPE**

Transversal 73A # 81 I - 19 Barrio Minuto de Dios

Teléfono: 2916520. Ext.: 6162

Bogotá, D.C., Colombia



<u><i>Discernir, tomar decisiones, planear y ejecutar en la vida eclesial: Una responsabilidad de todos los bautizados</i></u>	<u>4</u>
<i>Mg. Jhon Fredy Mayor</i>	
<u><i>La sinodalidad vista desde el corazón de Jesús</i></u>	<u>8</u>
<i>Dr. P. Álvaro Duarte, CJM</i>	
<u><i>Evangelización en frecuencia sinodal: llamado a una nueva relacionalidad desde el pastoreo común de los fieles</i></u>	<u>13</u>
<i>Juliana Alejandra Triana Palomino</i>	
<u><i>Hacia una teología pastoral más crítica y comprometida, una mirada a la Asamblea Eclesial Latinoamericana</i></u>	<u>19</u>
<i>Dr. Alirio Raigozo Camelo</i>	
<u><i>Acompañar: un clamor en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe</i></u>	<u>22</u>
<i>Mg. Manuel Tenjo Cogollo</i>	
<u><i>Eclesiología de la Asamblea Eclesial</i></u>	<u>26</u>
<i>Mg. Hans Schuster</i>	
<u><i>Experiencias de vida y de evangelización con la Comunidad Indígena Yanacona</i></u>	<u>30</u>
<i>Mg. Norma Constanza Reyes</i>	
<u><i>La espiritualidad de la comunión en la Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe: aproximación desde la experiencia de un asambleísta</i></u>	<u>36</u>
<i>P. Hermes Flórez, CJM</i>	

DISCERNIR, TOMAR DECISIONES, PLANEAR Y EJECUTAR EN LA VIDA ECLESIAL: UNA RESPONSABILIDAD DE TODOS LOS BAUTIZADOS

Mg. Jhon Fredy Mayor
Director IBPL – UNIMINUTO

La reflexión que aquí se expone tiene como propósito abordar de manera sucinta uno de los desafíos que tiene la Iglesia dentro del proceso sinodal: la participación de los laicos en los procesos de discernimiento, en la toma de decisiones, en la planeación y en la ejecución de las acciones de la vida eclesial. Es importante leer lo que aquí se presenta en el marco de la Asamblea Eclesial realizada en Ciudad de México en el mes de noviembre del 2021. No cabe duda de que dicho momento de la Iglesia Latinoamericana y del Caribe

constituye un hito por dos razones: El proceso previo, que implicó un extenso momento de escucha y la metodología empleada durante la Asamblea, ambos momentos permitieron la “participación de muchos” y por ende llamar al compromiso y la responsabilidad a todos los bautizados. Considerando los desafíos que la “participación de todos los bautizados” sigue planteando en la vida de la Iglesia, comparto las siguientes ideas con el ánimo de contribuir al logro de este propósito.



<https://images.app.goo.gl/zP8k9tfrXtHV77eGg>

El punto de partida que se puede considerar para este caso queda expuesto en *Evangelii Gaudium*, cuando Francisco dice: “Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador”¹. Con lo anterior se puede afirmar sin dudar que toda decisión que afecte a la Iglesia no puede prescindir de alguno de sus miembros, lo anterior, porque “sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones”². Contrario a eso, insiste Francisco que “la nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados”³.

Así las cosas, la participación efectiva de todo el pueblo de Dios en el discernimiento, toma de decisiones, planeación y ejecución de lo concerniente a la Iglesia es un derecho y un deber de “todos” y no de “algunos” o mucho menos de “uno”. De ahí que la expresión “participación” ha de ser lo característico de una Iglesia que se entiende como “pueblo de Dios” y en camino hacia la sinodalidad. Sin embargo, como en el modo de ser eclesial actual que se quiere superar (un modelo preconciliar y tridentino en esquema piramidal), la participación de todos no es la constante, Francisco, fiel al deseo renovador del Vaticano II, ha avivado ese deseo apostando desde su magisterio por la sinodalidad, lo que, ciertamente,

es también fruto de la recepción que ha tenido el Concilio en el continente latinoamericano.

Consciente de la gran apuesta de renovación del ser y el hacer de la Iglesia que propuso el Concilio, Francisco ha recuperado y potenciado categorías que ya se habían propuesto hace más de 50 años y que el magisterio –en una mentalidad todavía piramidal- no llevó a cabo, como lo fuera la categoría pueblo de Dios y el *sensus fidei*, los cuales se constituyen en aspectos centrales para la sinodalidad en la Iglesia, ya que ponen de manifiesto el reconocimiento de una condición natural de todos los bautizados: que son miembros de la Iglesia (activos, no pasivos) al participar del sacerdocio común que se confiere a todos los bautizados, lo que capacita ya al creyente en sujeto activo en la vida eclesial. Pero como en la Iglesia (jerarquía y fieles) estaban acostumbrados a otra manera de ser Iglesia (piramidal y no circular), la reforma que exige el Vaticano II implica un cambio de estructuras y mentalidades, así como de una forma de gobierno, es decir, la manera en cómo se hacen las cosas en la Iglesia.

El camino hacia la sinodalidad ha mostrado a todos los bautizados (a quienes no lo querían reconocer y a aquellos que no lo sabían) que la Iglesia no es una institución jerarquía piramidal sino una comunidad eclesial en la que el todo es superior a las partes (y a las formas) y, por tanto, ningún sujeto eclesial puede quedar por fuera de cualquier situación que en ella se deba

1 Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 120.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

discernir, tomar, planear y ejecutar.

Ahora bien, aunque por fin ha llegado la hora de hacer realidad las apuestas del Concilio, la renovación de la Iglesia como pueblo de Dios, es claro que todavía quedan por delante varios desafíos, entre ellos lo concerniente a la participación de todos sus miembros en condiciones de fraternidad (más que de igualdad) por el simple hecho de que todos son bautizados. ¿Por qué destacar este aspecto entre los otros más que puedan existir? Porque de este dependen los demás. Aparecida, cuando expresa “los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución”⁴, nos está indicando que el asunto va más allá de la participación, en realidad, está diciendo que la comunión eclesial se logra cuando todos los sujetos en la iglesia participan activamente. De ahí que lo que está en juego es la comunión eclesial, que en el nuevo modo de ser eclesial ya no está bajo la dinámica de la relación jerarquía–fieles–obediencia sino más bien bautizados–comunidad eclesial–participación.

Lograr que en la Iglesia todos puedan participar y no obedecer lo que decidan algunos por todos, es la mejor comprensión de que “una Iglesia ministerial basa sus relaciones en los carismas y dones, antes que en el orden y la potestad”⁵. Llegar a esta comprensión de la Iglesia, es fruto de la circularidad eclesial, la cual deriva del entender que

estamos en una iglesia de sujetos en la que se respeta y se garantiza el derecho de todos los bautizados a participar en lo que afecta a todos.

Teniendo en cuenta que “la sinodalidad se puede definir como un modo eclesial de proceder”⁶, que implica “la revisión continua de estilos de vida (espíritu) y prácticas de discernimiento (método) que se ejecutan a todos los niveles y estructuras de gobierno”⁷, es preciso indicar que a este modo eclesial debemos apostar todos, porque no es bueno para la Iglesia permanecer de manera estática en el tiempo como si lo que acontece en la realidad que la circunda no la afecta o no le dice nada. Una Iglesia que siempre está atenta a los signos de los tiempos y que muchas veces asume tales signos como lugar teológico, necesita asumir la renovación que se ha propuesto desde ella hace más de 50 años como un imperativo, como un deseo de Dios para la Iglesia del tercer milenio como lo ha dicho el Papa Francisco.

La participación de los laicos en el discernimiento, la toma de decisiones, la planeación y ejecución es fruto de una iglesia que no solamente sabe leer los signos de los tiempos, sino que también sabe escuchar. En efecto, escuchar será el gesto que indica que ella no se encierra en sus estructuras y mucho menos en un narcisismo jerárquico y piramidal. Ahora bien, como “el ser una iglesia sinodal”, es “un estilo (...) que

⁴ DA n° 371.

⁵ Cf. Rafael Luciani, “LA REFORMA COMO CONVERSIÓN PASTORAL Y SINODAL. ECLESIOGÉNESIS DE UNA RECEPCIÓN CONCILIAR”, en Reforma de estructuras y mentalidades. Retos y desafíos para una Iglesia Sinodal (2020), p. 197.

⁶ Ibid., p. 188.

⁷ Ibid., p. 189.

tiene que ser formado, y cuyas actitudes son la escucha, el discernimiento, el diálogo y la capacidad de construir consensos, y sin las cuales no se generarán los procesos de reforma que se requieren”⁸, es menester de todos en la Iglesia abrirse a este camino (no nuevo) que de cierto implicará lo que Aparecida definiera como conversión pastoral (n° 366) y renovación eclesial (n° 367).

Finalmente, como dice Rafael Luciani, “sin modalidades y mecanismos de participación inclusiva efectiva capaces de generar el vínculo entre «uno, algunos y todos» se pone en juego la misión de la Iglesia y su propia credibilidad”⁹. De ahí que para asegurar la participación de “todos” en el discernimiento, toma de decisiones, planeación y ejecución de decisiones en la vida eclesial es una responsabilidad de todos los bautizados. Y como no puede ser solo el querer de algunos, y máxime cuando ya uno (el Papa) lo ha expresado abiertamente y está haciendo todo a su alcance para que sea una realidad.

8 Cf. Rafael Luciani, “LA REFORMA COMO CONVERSIÓN PASTORAL Y SINODAL. ECLESIOGÉNESIS DE UNA RECEPCIÓN CONCILIAR”, en Reforma de estructuras y mentalidades. Retos y desafíos para una Iglesia Sinodal (2020), p. 191.

9 *Ibid.*, p. 194.

LA SINODALIDAD VISTA DESDE EL CORAZÓN DE JESÚS

Dr. P. Álvaro Duarte, CJM
Director Unidad de Espiritualidad Eudista

El pontificado del Papa Francisco ha sido una bendición para la Iglesia y una riqueza que se va mostrando al mundo al tiempo que se convierte en una pedagogía para la Iglesia, Pueblo de Dios, manifestación de su reino. La realidad del sínodo, esto es, el caminar juntos para la misión como iglesia evangelizadora, nos coloca ante un concepto dinámico, ante una eclesiología misionera mostrando, de esa manera, la fuerza interna de la Iglesia.

El término sínodo se refiere, en su uso actual, ciertamente a una reunión de obispos, pero, su etimología nos lleva a descubrir una dimensión especial y auténtica de la Iglesia. Este es precisamente el contenido nuevo que el Papa Francisco le da al adjetivo sinodal, como una realización de aquella imagen bíblica del padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas

y cosas antiguas, según conviene (Mt 15, 32). Se trata del concepto de sinodalidad, que aporta efectivamente muchas bendiciones a la Iglesia y al mundo.

Una de las connotaciones de este término, según la Comisión Teológica Internacional (CTI, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*, 6 y 7) es la comunión de la Iglesia (koinonía), esto es, del amor que cohesiona a la Iglesia y que la impulsa a la misión hasta el final de los tiempos. Se trata, no sólo con el amor interno de la Iglesia, sino con un amor desbordante, con un amor hacia los más necesitados, hacia los descartados, hacia la periferia, esto es, se trata de un amor misionero. Se tiene así, en este concepto, una trilogía muy interesante: amor, unión, misión.

Esta trilogía expresa la realidad de una fuente de fuerza, de una fuente de energía, de transformación, de



<https://iglesiatijuana.org/web/la-sinodalidad-propuesta-y-accion-del-papa-francisco-para-la-vida-de-la-iglesia/>

renovación. En la sinodalidad de la Iglesia se encuentra como base la fuente de un amor que lleva a la unión y se traduce en misión para el bien de los demás. Esta trilogía, desde el punto de vista de la espiritualidad *eudisiana*, conduce directamente a un concepto que es su razón de ser: el amor. En efecto, desde la perspectiva de san Juan Eudes los elementos de dicha trilogía están relacionados y tipificados por el amor de Dios.

Al hablar del amor de Dios, san Juan Eudes hace una clara referencia a la Santísima Trinidad, que es el amor eterno, fuente de todo amor armónico, pues Dios es amor (1Jn 4,8). Dios Padre engendra a su Hijo, que brota de su corazón como la Palabra buena (cfr. Sal 44,1), y precisamente porque Dios es amor, el Padre envía a su Hijo al mundo movido por su amor al mundo (cfr. Jn 3, 16), envío que es origen de la misión. El Padre ama al Hijo y el Hijo ama al Padre, surgiendo de ese amor una unión inseparable, tanto que el que ve al Hijo, ve al Padre (cfr. Jn 14, 19). Por otra parte, entre el Padre y el Hijo se genera un amor tan grande y tan perfecto, que de él procede el espíritu Santo, llamado por san Juan Eudes, “el corazón de Dios” (*Oeuvres Complètes V 77*). Aquí podemos encontrar precisamente el origen de toda sinodalidad, pues es la fuente del amor, la fuente de la unión, la fuente de la misión, es la verdadera trilogía de la sinodalidad.

Con el misterio de la Encarnación otro gran prodigio se lleva a nuestra

realidad. La Palabra que ha brotado del Corazón del Padre se hace carne y, de este modo, asume nuestra realidad limitada, nuestra realidad afectada por el pecado, para transformarla, para que, en esta Palabra encarnada, que por amor viene a liberarnos del pecado y del mal, se pueda percibir el resplandor de Dios, esto es, para que la criatura creada se ilumine con la luz de la gracia y se inicie un mundo renovado, según la voluntad de Dios.

Con Jesús, el Hijo de Dios vivo, que es el camino (*hodos*), salido del Corazón de Dios se crea la unidad: “que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros” (Jn 17, 21), y se inicia, de esta manera un caminar juntos para la gloria del Padre. Desde esta perspectiva Jesús es el camino, Jesús es la comunión, Jesús es el enviado del Padre. En el contexto de la espiritualidad eudista, que es profundamente cristocéntrica, el sentido del camino adquiere una luz muy concreta: el gran amor de Jesús por nosotros para la gloria del Padre.

Juan Eudes llama al Espíritu Santo “el Corazón de Dios”, de lo cual claramente se deduce la dimensión de corazón de esta perspectiva. Jesús, que es el camino y que es impulsado por el Espíritu Santo (Mt 4, 1; Lc 4, 18), suscita la sinodalidad en la Iglesia, que, si bien tiene actores humanos, es llevada y sostenida por el Espíritu Santo, esto es, por el Corazón de Dios, lo cual, a su vez, implica la abundancia de dones, de carismas y de frutos en esta acción eclesial.

En el concepto general de Corazón, que san Juan Eudes desarrolla, se presenta el Corazón de Jesús como una hoguera de amor con ciertas características: Es un amor eterno, un amor lleno de perfecciones (virtudes), un amor esencial. Estas características abren a la realidad de la sinodalidad una perspectiva novedosa, puesto que no se trata solamente de una “novedad” de la Iglesia, sino que la llena de sentido al descubrir que la fuerza que la mueve no es solamente un deseo o mandato pontificio, sino los efectos del amor salvífico de Dios Espíritu Santo sobre cada bautizado en particular, sobre las diversas comunidades eclesiales, sobre toda la Iglesia y sobre todo el mundo, puesto que se trata de una realidad misionera.

El fuego ardiente del amor de Jesús engloba a la Iglesia y, desde nuestro punto de vista, a la sinodalidad que manifiesta, como lo afirma el Papa Francisco, la naturaleza de la Iglesia (Roma, 28 de septiembre de 2021). No podría ser de otra manera, puesto que el ambiente que la rodea y acompaña es el amor, es el Corazón de Jesús, manifestado en la trilogía a la que nos hemos referido, ya que la naturaleza de la Iglesia, pueblo de Dios, obedece al mandato de Jesús de llevar a todas las naciones el buen mensaje de la salvación gratuita, de la salvación transformadora, de la salvación que nos devuelve la condición de hijos de Dios.

La sinodalidad se afianza igualmente en el misterio de la encarnación de la Palabra de Dios (Verbum Incarnatum),

no sólo en la Biblia sino en la Palabra encarnada, esto es en el Hijo de Dios, que se encuentra en el origen del caminar y de la misión de la Iglesia, hasta el punto de que la Palabra acompaña la Iglesia, la Palabra hace camino con la Iglesia (cfr. Roma 18 de septiembre de 2021). Esta afirmación del Papa recuerda la enseñanza de san Juan Eudes que afirma de cada bautizado que es un “Evangelio viviente, un libro escrito por dentro y por fuera” (O.C. III 53), esto es, la realidad de cada bautizado como una persona que se alimenta de la Palabra, que se ilumina con la Palabra, que vive de la Palabra, que tiene el corazón lleno de la Palabra.

Para san Juan Eudes, el tema de la Palabra encarnada o, para hablar su lenguaje, del “Verbo Encarnado”, llena muchas de sus páginas y es una de las bases de su doctrina sobre el Corazón, pues sin la Encarnación de la Palabra, no hubiera existido el misterio de su divino Corazón tal como lo expresa esta doctrina.

Desde la perspectiva de la doctrina eudesiana sobre el Corazón se puede iluminar la realidad del camino, concretamente de tener un punto de partida y un punto de llegada. El punto de partida de todo creyente, más aún, podríamos afirmar que el punto de partida, el origen de toda persona es el corazón de Dios (Cfr. O.C. I 259). En efecto, san Juan Eudes percibir cada persona, incluso las que nos hacen daño, las que nos causan mal, como alguien que salió del Corazón de Dios, puesto que es el origen de cada uno y, por tanto,

el principio del camino, de la sinodalidad.

A lo largo del caminar por la vida existe una invitación hecha por este santo, que tiene como meta el que nuestro corazón sea el mismo Jesús, “el corazón de mi corazón”, afirma, para lo cual es preciso tomar conciencia de que se trata de un camino que dura toda la vida. Es un camino con sus cosas buenas y sus cosas malas, con sus alegrías y sus preocupaciones diarias, es un camino para formar a Jesús en nuestro corazón, para lo cual san Juan Eudes nos ofrece dos estrategias conjuntas, puesto que una se apoya en la otra: El pensamiento y el amor o, en el lenguaje del santo, el “espíritu” y el “corazón”.

En efecto se trata de avanzar por este camino con pensamientos frecuentes en el Señor, especialmente en hacer su divina voluntad, pero también inflamados en el amor a Dios, no de una manera teórica o solamente a manera de principio, sino de un modo fáctico, esto es traducido en acciones concretas, a nivel personal como, por ejemplo, ofrecer cada acción como alabanza a Dios; y a nivel relacional, al tratar con las personas o, incluso, con los acontecimientos que suceden cada día y a cada momento, movidos por el amor expresado fundamentalmente en una actitud de servicio y de entrega desinteresada y generosa (“*agape*”) en favor de los demás, en favor de la sociedad. Estas características hacen que el camino por el cual avanzamos cada día, se convierta en una realidad llena de sentido y de

luz, pues estamos caminando ciertamente movidos por el amor del corazón de Jesús.

En modo semejante, también la doctrina del Corazón de Jesús es fundamento la unidad. Al hablar del Corazón de María y del Corazón de Jesús, la doctrina eudesiana ofrece uno de los puntos más novedosos que es la realidad de tres corazones que no forman sino un solo Corazón: el corazón físico, el Corazón espiritual y el Corazón divino, realidad que, desde el punto de vista antropológico, también puede afirmarse del corazón humano.

El Corazón humano presenta una relación con el aspecto físico de nuestra realidad, con nuestra corporalidad que, vista bajo esta luz, descubre un sentido importante para el cuidado de nuestra realidad corporal como algo que tiene un sentido desde el amor de Dios, quien nos da el corazón físico, esto es, la vida física, como un regalo procedente de su amor, con la misión de tratar nuestro cuerpo y las realidad circundante, puesto que nuestro cuerpo es parte de esa misma realidad, con un direccionamiento sano y equilibrado, con un visión ecológica acorde con la voluntad de Dios.

El Corazón espiritual abriga los sentimientos, las tendencias, los afectos, las alegrías y las tristezas, y demás realidades internas y psicológicas, incluyendo nuestra propia historia, con las frustraciones o los logros tenidos desde nuestros primeros años hasta el presente. El sentido profundo de estas historias nuestras íntimas o conocidas,

está apuntando hacia el amor del Corazón de Jesús, puesto que hemos sido creado por amor, originados en el amor de Dios, y destinados a una profunda e íntima experiencia de amor plenificante con Dios. Cualquier experiencia auténtica de amor es un direccionamiento para descubrir el amor de Dios. Es este precisamente el fundamento de la unión o comunión que supone la sinodalidad, pues el amor, el servicio siempre nos lleva a caminar juntos.

El corazón divino nos habla de la presencia de Dios en nuestra existencia, del descubrimiento del amor divino, de la presencia de Jesús en nuestra propia realidad, del entregarnos al Espíritu Santo, “corazón de Dios”, que es el principio de la vida verdadera y que es, como se expresó anteriormente, el que conduce la realidad de la sinodalidad. En este sentido ilumina la voz del Papa: “La palabra “sínodo” contiene todo lo que necesitamos entender: *“caminar juntos”* (...) Caminar juntos —laicos, pastores, obispo de Roma— es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica (50 Aniversario del Sínodo de los obispos, 17 de octubre de 2015).

Igualmente, el corazón divino muestra la meta final del camino, el encuentro glorioso con Dios, el llegar a la unión de amor plenificante con Dios como personas, pero igualmente como comunidad como Iglesia, como un pueblo que alaba y que da gloria a la Santa Trinidad, al Padre, de cuyo corazón hemos salido, al Hijo, a quien hemos formado en nuestro corazón, y al Espíritu

Santo, el amor de Dios, el corazón de Dios. San Juan Eudes insiste que estos corazones son un solo corazón.

De semejante realidad surge una fuerza grande y apremiante, de proclamar este amor transformador y plenificante a todas las personas, a las sociedades, a nuestros ámbitos de estudio, de trabajo, a nuestros barrios, a las periferias y, en fin, a todas las naciones. Se trata de la fuerza de la misión, no como una campaña o una acción realizada en alguna población concreta, sino como una actitud del corazón que nos acompaña siempre.

Finalmente, la realidad de la sinodalidad se ilumina también desde el concepto del Gran Corazón, o Corazón Grande. Se descubre aquí una visión de Iglesia y, por tanto, de sinodalidad que de allí se desprende. Es el Gran Corazón que está formado por el Corazón de Jesús, el Corazón de María, el corazón de los ángeles, corazón de los santos y santas, y el corazón de todos los fieles creyentes que aman, que están unidos en este Gran Corazón, que alaban al Señor y que le dan gloria.

Es una visión llena de positividad, de amor, la que podemos descubrir en forma enriquecedora desde esta espiritualidad, y que se convierte en aliciente para asumir la dinámica propuesta del Papa Francisco a la Iglesia y apropiarnos de la realidad de la sinodalidad, con frutos que pronto podrán percibirse, y que pueden, a su vez, reportar gloria al Señor.

EVANGELIZACIÓN EN FRECUENCIA SINODAL: LLAMADO A UNA NUEVA RELACIONALIDAD DESDE EL PASTOREO COMÚN DE LOS FIELES



<https://bit.ly/3rQCDfj>

Juliana Alejandra Triana Palomino
Investigadora del Centro Fuego Nuevo

La reciente Asamblea Eclesial Latinoamericana ha generado revuelo en diversos sectores eclesiales. Como bien lo decía el Cardenal Óscar Rodríguez, arzobispo de Tegucigalpa, algunos recibieron con alegría este acontecimiento, pero para otros, hablar de Pueblo de Dios sin hacer valer títulos, órdenes y jerarquía, donde consagrados, laicos mujeres y hombres, teólogos y no teólogos, se sienten en la misma mesa que los obispos para, con ellos, discernir y decidir, resulta algo sospechoso y genera en no pocos, algo de temor y resistencia.

Tal tensión no debería causar estupor, pues incluso los evangelios muestran que al interior del grupo de seguidores de Jesús se pueden presentar casos en

los que algunos discípulos se empeñen en vivir desde una lógica autorreferencial, calculando en todo momento los pro y contra de toda acción que implique salir de sí para servir al otro ¹(Cf. Mt 19, 27; Mc 10, 28-41). Ayer como hoy, el Señor insiste "No ha de ser así entre ustedes, pues el que quiera llegar a ser grande entre ustedes, que se haga servidor de todos, y el que quiera ser el primero entre ustedes que se haga esclavo de todos." (Mt 20, 26-27).

La expresión "No ha de ser así entre ustedes", denota una actitud que se transforma en rasgo de identidad, es decir, algo que ha de marcar el ser y el hacer de la comunidad de seguidores de Jesús. Si la misión de la Iglesia consiste en vivir y anunciar a Jesucristo como Buena Noticia del Padre para

¹ Curiosamente, son los marginados de la sociedad, mujeres, enfermos, pobres y extranjeros, quienes son puestos como ejemplo de discipulado para el grupo de los Doce.

la creación entera, el servicio, la interdependencia y la corresponsabilidad han de impregnar estructuras, medios, lenguaje, simbología, liturgia, modos de presencia y todo cuanto le sirva a la Iglesia para realizar la misión que le fue encomendada. Desde este horizonte, la Asamblea Eclesial Latinoamericana no puede verse como una acción desesperada que se improvisa en el último momento, sino que constituye una expresión de la multiforme creatividad divina que, a través del Espíritu y a lo largo de la historia, no se cansa de gemir y mostrar que el proyecto del Reino es una propuesta de vida en la que Dios mismo se pone en camino con su pueblo para escucharlo, servirlo y acompañarlo (Cf. Ex 3, 7-8a.9), y revelarle que está llamado a ser como Él (Cf. Jn 13,14-15).

La Asamblea Eclesial Latinoamericana, en vista al Sínodo de la Sinodalidad, ofrece una mirada sobre la Evangelización bastante retadora, pues ubica el ejercicio del anuncio como el fruto de una constante retroalimentación entre la relacionalidad eclesial cimentada en el don común del bautismo, que inspire formas eficaces y evangélicas de gestión y organización pastoral, y que a su vez, actualice e inculque las verdades de la Fe, de modo que la praxis eclesial y la reflexión que condensa la Iglesia en su Magisterio, tengan la vida de Dios en la vida humana como su punto de partida y de llegada.

Para llegar a este punto, la Asamblea Eclesial Latinoamericana retomó elementos del Concilio Vaticano II, las Conferencias Episcopales Latinoame-

ricanas y del Caribe (especialmente de Medellín y Aparecida), y textos del magisterio reciente del Papa Francisco como *Evangelii gaudium* y *Querida Amazonía*, entre otros, y planteó la urgencia de hacer un anuncio a partir del ser *discipulos misioneros en salida* como parte de una Iglesia que se entiende como *Pueblo de Dios*, que se estructura desde la *sinodalidad* y se proyecta al mundo desde la lógica de la *samaritanidad*. Todo esto habla de un anuncio que tiene su origen en una adecuada relación consigo mismo, con Dios, con el otro y con el entorno, y que ha de desembocar en la transformación de las relaciones en estas mismas coordenadas, en aquellos contextos donde la vida clama dolorida.

Este aspecto de la Evangelización entendida en términos de relacionalidad, constituye el primer gran reto que deja la Asamblea. Por mucho tiempo, la Iglesia insistió en hacer un anuncio caracterizado por la trasmisión de datos sobre Dios en vez de mostrar la cercanía de Dios y su empatía por la historia humana. Unido a esto, se generó una especie de monopolio en el que el clero se abrogó el derecho y la facultad de ser fuente y reserva del conocimiento sobre Dios, de ahí que el clero terminara presentándose ante los demás miembros de la Iglesia y la sociedad en general como el único conglomerado capaz de tomar decisiones tocantes a la vida eclesial, y, además, como el único garante de la presencia de Dios en medio del pueblo. Tal situación terminó por desestimar la misión del laicado en la Iglesia, reduciéndolo a un miem-

bro pasivo sin capacidad de decisión y etiquetándolo como alguien incapaz de razonar la fe y exponerla adecuadamente, llevando a que el laico introyectara esta perspectiva dentro de sí y la asumiera como su identidad.

Esta patología denominada clericalismo, y que, según el Papa, también puede estar sembrada en no pocos laicos y consagrados, ha engendrado un sistema relacional en la Iglesia centralizado en el sacramento del Orden, que ubica a obispos y presbíteros como los miembros más importantes o de mayor categoría dentro de la comunidad. Ellos, en virtud de su ordenación, poseen una especie de poder sobre el laicado, que - en últimas- está llamado a obedecer sin cuestionar.

Este es uno de los principales obstáculos a vencer para poder comenzar a caminar como Iglesia sinodal, es decir, con nuevos estilos de relaciones inspirados en la común identidad bautismal, don precioso que hermana e iguala en gracia y dignidad ante Dios al obispo de Roma con las mujeres, hombres y niños de campo y ciudad que en medio sus trabajos y estudios, viven su fe, manifiestan de forma pública su adhesión a Jesucristo y ejercen su aporte eficaz a la construcción del Reino y la transformación de la historia. De este modo, la sinodalidad entendida y vivida como expresión de nuevos estilos de relación *ad intra et ad extra*, libres de dominio y marginación, se convierte también en expresión de una Nueva Evangelización.

¿Cómo describir la relacionalidad que ha de inspirar la evangelización en la Iglesia? Aquí viene el segundo reto: entender de un modo nuevo el concepto de pastor y de pastoreo. En los documentos de la Iglesia se habla de los Obispos y de los presbíteros como los pastores del pueblo de Dios, quienes, en virtud del sacramento del Orden, son extensión de Jesucristo, Buen Pastor. Este planteamiento en una lógica clerical ha llevado a pensar que solo los varones ordenados son pastores, reduciendo o privatizando el carisma de la guía y dirección de la comunidad a los presbíteros y obispos, y otorgándolo a laicos solo por extensión (emanación) de la autoridad del ministro ordenado.

Frente a esto, la Asamblea plantea que el pastoreo es más grande que el pastor, y no constituye un ministerio exclusivo de varones ordenados. De manera más profunda, es la existencia de la comunidad, con todo su entramado de relaciones, búsquedas y potencialidades, la que da sentido a la existencia del pastor, pues es la comunidad eclesial misma la que lo engendra y lo da a luz para que su labor como guía y acompañante responda precisamente a los clamores del lugar donde se encuentra. Así, la comunidad se convierte en formadora de discípulos-misioneros, que, de distintas maneras, pueden ejercer este servicio de 'pastoreo'. Servicios pastorales que, según el corazón de Dios, son suscitados en tiempos y espacios específicos para hacer explícito el trasegar de Dios con su pueblo.

¿Cuál es el sustento de esta intuición? En primera instancia, vale la pena re-

cordar el proceso que realiza Dios con Moisés. Aquel que sería el liberador de Israel no se constituyó como tal de forma autónoma, pues fue gracias a su madre y a su hermana que su vida fue salvada (Cf Ex 2,1-11); gracias a su hermano Aarón, tuvo el valor de enfrentarse a faraón y pudo hablar en público (Cf. Ex 4,10-17); en el momento en el que Moisés no estaba realizando un acompañamiento de forma efectiva, al punto que corría el riesgo de desgastar al pueblo y desgastarse él, fue el consejo prudente de su suegro Jetró el que le enseñó a confiar en la acción de Dios en los demás y a delegar funciones, a compartir el pastoreo, reiterando con ello la importancia del pueblo en la compleja tarea de la conducción del pueblo (Cf Ex 18, 13-27). Una vez logra salir de Egipto con el pueblo, Moisés canta acompañado de todo el pueblo, pero las mujeres se muestran también líderes y creadoras de melodías bajo la guía de Myriam, hermana de Moisés (Cf Ex 15, 20-21). La experiencia de este pastoreo compartido fue recogida por el profeta Miqueas de la siguiente manera “Recuerda que yo te di libertad; yo fui quien te sacó de Egipto, país donde eras esclavo; yo envié a Moisés, a Aarón y a María para que te sacaran de allí” (Mi 6,4).

Moisés no se hizo un pastor a prueba de todo e infalible en el encuentro con Dios simbolizado en la contemplación de la zarza ardiente (Cf. Ex 3, 1-4,16). Allí recibió su envío particular para iniciar un camino permanente de encuentro entre Dios como Pastor, quien proyecta sus cuidados al pueblo a través del

pastor humano en formación. Dios es pastor y se lo ratifica a Moisés al decirle: “*Yo estaré contigo*” (Ex 3,12), es decir, hace lo que hace todo pastor: guiar, proteger, orientar, corregir. Dios le ratificó a Moisés que estaría con él a través de Myriam, Aarón, Jetró y otros, de modo que ellos también fueron pastores para el pueblo y para Moisés, como extensión del pastoreo de Dios. De aquí se desprende otro elemento de la Evangelización desde esta perspectiva relacional que propone la Asamblea Eclesial Latinoamericana, y es que todo discípulo es misionero, pero también, pastor, invitado a cuidar del otro como Dios cuida de él.

Sin embargo, es Jesús quien lleva al punto máximo esta gracia del pastoreo común de los fieles en vista a un anuncio creíble de sus enseñanzas. En Jn 13, 1-20, Jesús lava los pies de sus discípulos para reiterar que “*Si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan lo que acabo de hacer con ustedes*” (Jn 13, 14-15). Según el relato joánico Jesús hizo este gesto ante “los suyos”, dejando abierta la categoría de discípulo, sin restringirla a los Doce o a los varones, y a todos y todas los invitó a pastorear. No hay escalafón respecto a quién está autorizado o no a imitar a Jesús en la prolongación de su pastoreo y el cuidado por los otros, *pues todos los suyos* están llamados a lavar los pies de los demás y estar en una relación de servicio, no de dominio.

Por ello, en la Asamblea resonaron voces para caminar hacia nuevos estilos de diálogo, escucha, discernimiento y decisión juntos, porque tanto el discipulado como el pastoreo no es asunto exclusivo del obispo, sino de todo aquel que ha seguido a Jesús. Ese servicio pastoral será, por tanto, realizado de acuerdo con su vocación y responsabilidad propia al interior de la comunidad eclesial.

Evangelizar entonces significa ser alegres pregoneros de la revolucionaria manera de construir relaciones marcadas por el sello del pastoreo que imprime Jesús. En consecuencia, es necesario que los laicos hablen y participen en la toma de decisiones; que las mujeres, laicas y consagradas, tengan acceso a instancias de decisión y gobierno de la Iglesia; que los obispos, sacerdotes y diáconos no vean disminuido o amenazado su ministerio, y que, por el contrario, vean la riqueza de su vocación en profunda relación con los ministerios que también los laicos poseen por derecho, pues todos están llamados a servirse unos a otros a ejemplo de Cristo.

En este sentido, no hay vocaciones o ministerios de primera y segunda categoría, no hay escalafón de santidad de acuerdo con la vocación recibida, sino que, en la Iglesia, todos son hermanos llamados a anunciar a Cristo desde el pastoreo común de los fieles. Si no, ¿por qué la comunidad joánica y los evangelios sinópticos se tomarían el tiempo de relatar cómo el Pastor y Maestro le pide a María de

Magdala que se vuelva portadora de su mensaje y se convierta en amplificadora de su voz ante Pedro y demás miembros de la comunidad?

A este respecto, conviene recordar las palabras que la H. Liliana Franco, presidenta de la CLAR, dirigió a la Asamblea Eclesial Latinoamericana:

“La buena noticia es que eso somos simplemente: Radicalmente humanos, indeclinablemente llamados a ser hermanos, todo lo demás, títulos, funciones, cargos, es relativo, pasa, caduca, se corroe. La única palabra creíble es la palabra encarnada y evangelizar hoy es encarnar en todas las culturas los valores del reino [...] El Espíritu no tolera la uniformidad, por eso siembra la diversidad, y todo llamado a la unidad; todo plural y urgido a la comunión. Esto exige diálogo sobre equidad humana y bautismal [...] La marca de la propia identidad, hace a cada persona portadora de un don, de un carisma y un estilo concreto. Todos únicos y todos diferentes y ahí confluyen los ministerios y las funciones, de la única vocación eclesial: sígueme. Es en esta vocación donde todos nos hacemos uno -laicas, laicos, religiosas, ministros ordenados... En lo más auténtico del encuentro no se eliminan las identidades personales [...] Conscientes de la propia identidad y de la diferencia, todos somos llamados a la unidad. Urge una nueva forma de relacionalidad, sin subordinaciones ni intereses mezquinos, sin miedo de por medio ni presunciones de autosuficiencias. El modo de relación trinitario, contextualizado, inmerso en la realidad.”

Somos miembros de una Iglesia Pueblo de Dios que, lejos de ser uniforme, es, en realidad, un poliedro. Debido a ello, debemos aprender a reconocer y nombrar todas las caras que nos conforman, pues si bien no todos tenemos el mismo rostro, desde nuestra singularidad aportamos a la diversidad que revela al mundo la unidad y comunión que se observa en el único rostro visible del Padre: Jesucristo. En esta perspectiva, la Evangelización en América Latina ha de ser nueva en su capacidad de entrar en relación con cada nueva cara del poliedro que nombra: comunidades originarias, mujeres, comunidad LGTBI +Q, sacerdotes casados, migrantes, víctimas de abuso, victimarios, y un largo etcétera que invita a nombrar sin temor las luces y sombras de la realidad, pero tomando posición y defendiendo la dignidad humana y el derecho a la vida de toda la creación.

La evangelización como sanación de relacionales heridas, nos ubica en América Latina en la posición del servidor, del terapeuta, del que escucha, y no, en la posición del experto en mar-

keting que busca posicionar ideas o negocios para mantenerse vigente. No se trata de buscar mantener cifras altas de creyentes, se trata de que cada creyente mantenga en alto los indicadores de caminos de humanización de la vida, donde los valores del Reino son las coordenadas que trazan las rutas para la transformación de la historia.

Atrás quedaron los tiempos de legitimación institucional. Retornan los tiempos donde la defensa de la vida y la opción radical por el ser humano en todas sus culturas y experiencias se vuelve primordial. Conviene dar todo de sí para que, en América Latina, demos pasos concretos para sanar primero las relaciones entre los miembros de la Iglesia, de modo que nadie se sienta más o menos que otros en virtud de su ministerio al interior de la comunidad. La nueva evangelización en América Latina, re-inspirada por la Asamblea Eclesial, tendrá necesariamente que intensificar espacios y modos para lavarnos los pies unos a otros para que aprendamos a relacionarnos desde Jesús, es decir, desde el amor.



<https://bit.ly/3uzcqNn>

HACIA UNA TEOLOGÍA PASTORAL MÁS CRÍTICA Y COMPROMETIDA, UNA MIRADA A LA ASAMBLEA ECLESIAL LATINOAMERICANA



<https://cnnespanol.cnn.com/2016/02/15/las-frases-del-papa-francisco-durante-su-visita-a-mexico/>

Dr. Alirio Raigozo Camelo
Profesor, Facultad de estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

La acción pastoral es el campo en el que se hace necesario ejercer una práctica hermenéutica seria y profunda, para identificar, reconocer, reelaborar y resignificar – a la luz de la fe y de la revelación – las luchas, necesidades, problemas que enfrenta la gente en la compleja cotidianidad de sus ‘realidades’.

No deberíamos asumir la fe desde una postura ingenua, puesto que aunque éstas estén llenas de buena voluntad, pueden ser peligrosas, a tal punto de que se puede hacer mucho mal o permitirlo ‘ingenuamente’. Por eso, desde la perspectiva de la teología pastoral, los teólogos comprometidos con la praxis pastoral examinan los múltiples aspectos de la realidad, a la luz de la fe, pero también apoyándose en los aportes de las ciencias humanas y sociales. Es desde esta confluencia dialógica interdisciplinar que pueden iluminar con su aporte a las comunidades cristianas, para que ellas a su vez definan las formas de organizarse

y actuar de cara a la compleja realidad en que ellas se encuentran inmersas.

En América Latina necesitamos desarrollar una praxis pastoral en clave de esperanza, pero que esté atenta a identificar los rostros de los pobres, sufrientes y excluidos. La opción preferencial por los pobres es algo permanente en la iglesia, no es una moda, el Papa Francisco habla, con frecuencia, de los descartados. Sólo conectando estos rostros concretos con el rostro sufriente del Crucificado Jesús, podemos estar seguros de que la acción pastoral es evangélica.

Se trata, entonces, de asegurarnos de dar un serio sustento teológico a la pastoral, pero también de evitar que la teología se encierre sobre sí misma. Al contrario, lo que se debe buscar es que la reflexión teológica se abra y se apoye en las necesarias mediaciones socioanalíticas, hermenéuticas y comunicativas relacionadas con el anuncio del Evangelio, de modo que este anuncio sea realmente una Buena Noticia transformadora, tanto a nivel personal como

a nivel social.

La constitución *Gaudium et Spes* dejó claro que es necesario discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los lenguajes de cada tiempo, de cada época y contexto. Insistió en que estos lenguajes deben ser juzgados a la luz de la fe, para que la verdad revelada pueda ser anunciada, percibida y acogida de manera clara, profunda y pertinente en esos contextos y a través de esos lenguajes. La 'nueva expresión' de que hablaba el Papa Juan Pablo II es necesaria para que el anuncio del evangelio toque la sensibilidad de los oyentes.

Desde esta perspectiva entendemos la necesidad de herramientas teóricas y metodológicas necesarias para acercarse a lo real, para entenderlo, y comprenderlo críticamente, para lograr mayor inteligibilidad de la realidad multidimensional (religiosa, pero también social, cultural, económica, política, intelectual, etc.). Entender la realidad y los lenguajes que se construyen en las sociedades humanas para significarla, resignificarla, designarla, problematizarla y gestionarla. Por eso es necesario dialogar con las ciencias, para buscar las mejores maneras de hacer 'mediación' para dar mayor claridad a la tarea iluminadora de la Palabra revelada y de la teología, que está al servicio de la revelación.

Lo planteado anteriormente está en perfecta consonancia con lo propuesto por la constitución *Gaudium et Spes*, que nos sugiere que en la acción pastoral pueden y deben ser conocidos y usados tanto los principios teológicos, como los descubrimientos científicos, de modo

que los fieles puedan vivir de manera más madura y encarnada la fe.

La razón de esta búsqueda es clara, se trata de vivir a fondo la dimensión práctica del Evangelio: no se trata tanto de saber muchas cosas sobre Dios, sino de entrar en comunión con él, vivir según su voluntad y practicar, en este mundo, la misericordia de la que Él es la fuente. Por ello la práctica teológica no debe quedarse en un puro saber académico-intelectual, sino desembocar en el compromiso de la fe y la caridad. El Evangelio del Reino de Dios o es vital o no es. Si el saber no llega a este punto se queda a medio camino. En este sentido, la teología pastoral contribuye a la adecuada e inteligente articulación del discurso teológico con la praxis pastoral; de la vivencia de la fe y la reflexión con la realidad.

De lo anterior se deduce que el saber teológico es un 'saber para algo', no un saber 'abstracto y puro' que sirve solo para regocijar el espíritu intelectual de quienes hacen este tipo de ejercicio. Es necesario entonces, en teología (y también en las otras disciplinas) plantearnos varios aspectos:

- Saber ¿sobre qué?
- Saber ¿cómo?
- Saber ¿para qué?

Solo de esta manera la teología y la pastoral dejan de ser acciones de la iglesia hacia dentro y se logra asumirlas como acciones de todo el pueblo de Dios hacia fuera, hacia el mundo, para responder a las exigencias de una *iglesia en salida*. **No se puede vivir iglesia en salida con teología y pastoral para dentro.**

Así como Jesucristo, Evangelio de Dios para la humanidad, para ser significativo a la humanidad necesitó encarnarse, del mismo modo, la iglesia y la fe que ella profesa necesitan encarnarse. Si no se encarnan, si se mantienen aisladas, alejadas, descomprometidas ellas mismas se vuelven in-significantes (es decir, carentes de sentido) e inoperantes (su presencia se hace ineficaz).

Todo lo anterior nos hace ver y sentir la profunda relación entre teología y pastoral. Esta relación es la que nos permite entender adecuadamente el campo de la teología práctica: una teología que busca ser fiel a la revelación y al dinamismo misionero de la iglesia, pero acogiendo y aceptando los aportes teóricos, epistemológicos y metodológicos de las ciencias y los saberes adquiridos y reconocidos, a fin de lograr un acercamiento adecuado a la realidad, evitando caer en ingenuidades, en ideologías perniciosas y en opciones contraproducentes.

Con frecuencia, en la praxis pastoral, las personas y los equipos caen en la tentación de dar respuestas apresuradas: el tiempo nos acosa, la situación nos obliga, queremos ser rápidos y pragmáticos, creemos que pasar por mediaciones (por ejemplo, socioanalíticas) nos hace perder el tiempo, queremos resultados... y todo esto nos puede hacer perder la calidad del encuentro y la adecuada comprensión de la realidad. El resultado de ello es que hay mucha actividad, pero sin claridad; mucha 'agenda', pero sin foco y sin resultados; mucho desgaste, pero sin saber hacia dónde vamos (con la comunidad y como comunidad); muchos errores por falta de planeación;

errores que se van acumulando, porque una praxis pastoral sin un adecuado análisis de la realidad es una pastoral ciega... aunque sea de buena voluntad.

Se requiere una sólida formación y experiencia espiritual, pero también otros tipos de formación complementaria y necesaria. Y esto es válido para todos los ministerios y para todos los 'tipos de pastoral', que deben confluir e integrarse en un plan coherente y serio.

La praxis pastoral acontece siempre en un tiempo y lugar específicos. Por eso el ¿DESDE DÓNDE? De la fe, de la iglesia, de la evangelización, de la praxis pastoral es muy importante. No hay recetas '*passee-par-tout*' que sean infalibles. No es lo mismo vivir la IGLESIA EN SALIDA en Europa, en Norteamérica, en África, en Asia o en América Latina. La reciente Asamblea Eclesial Latinoamericana así lo ha mostrado. Ello lleva a unas preguntas claves:

- ¿Qué es ser iglesia desde la perspectiva del Sur?
- ¿Qué significa la palabra 'periferias' en América latina?
- ¿Qué implica hacer 'pastoral' desde esas periferias y desde las características de las sociedades Latinoamericanas?

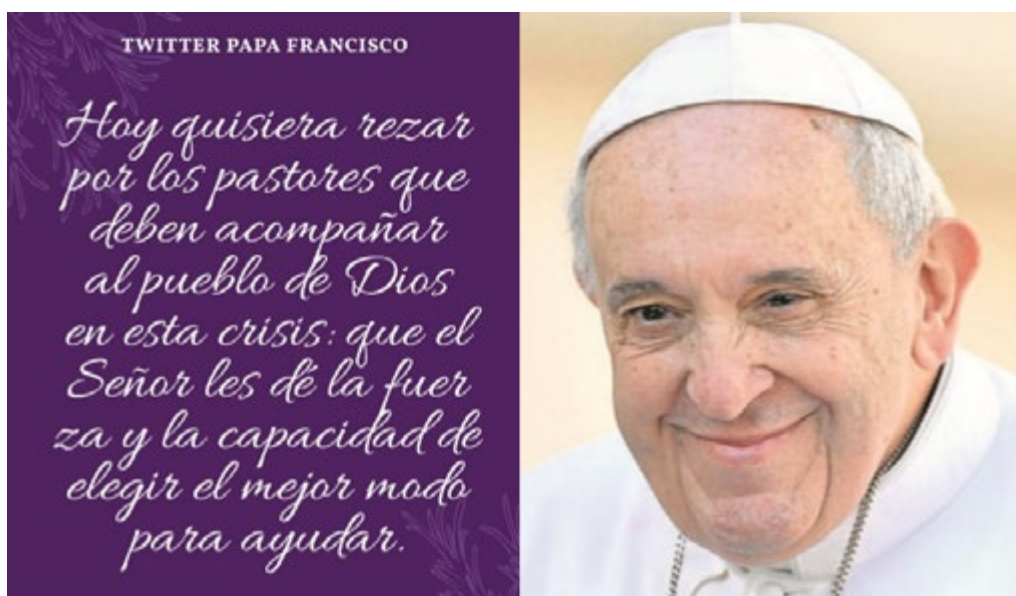
Y, teniendo en cuenta todo esto, ¿Cómo resuenan en el contexto específicamente colombiano las recientes propuestas o temas de trabajo propuestos por la Asamblea Eclesial Latinoamericana, realizada en el mes de noviembre del 2021, en México?

ACOMPañAR: UN CLAMOR EN LA ASAMBLEA ECLESIAL DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Mg. Manuel Tenjo Cogollo (mtenjo@uniminuto.edu)
Investigador del Centro Fuego Nuevo

En la Asamblea Eclesial, que se realizó de manera presencial y virtual en la sede de la Conferencia Episcopal Mexicana, entre el 21 y 28 de noviembre de 2021, se presentó un clamor constante: "¡necesitamos acompañamiento!" Esta petición surgida des-

de las entrañas del Pueblo de Dios se hizo evidente con los campos semánticos de pastoreo, seguimiento a los procesos, escuchar, caminar con otros, donde los sentidos de sinodalidad fueron creciendo en cada ponencia, mensaje, trabajo en equipo, oración comunitaria y celebración de la Eucaristía.



<https://twitter.com/bellezaybondad/status/1238519649802780672>

La pretensión del siguiente artículo es señalar los elementos de acompañamiento en las ponencias del P. Fidel Oñoro (Colombia) y el P. Agenor Brighenti (Brasil), así como en el mensaje final y los desafíos de la Asamblea Eclesial.

Reconocer al Pastor

En la ponencia realizada por el P. Fidel Oñoro titulada: "La centralidad de

Jesucristo y su Palabra en nuestra acción pastoral", fortalece el concepto de sinodalidad: caminar juntos, donde llega a cuestionar en torno a varios aspectos, quedándose a reflexionar con:

¿Por qué hay pastoral? Porque la misión de la Iglesia es darle concreción en todos los niveles de lo humano, en lo individual y en lo comunitario de la

persona.

La pastoral acompaña, canaliza todas las energías para que se realice el plan salvador de Dios¹.

El P. Oñoro avanza con la reflexión bíblica en torno a la acción del pastor y del pastoreo, deteniéndose en el Sal 23, para señalar que el centro está en el v.4: “porque tú caminas a mi lado”, y las formas encarnadas en las que Dios acompaña a su pueblo, particularmente con Jesús, quien escucha y responde a los clamores de muchas personas que están en el camino hacia la pascua en Jerusalén. El ponente muestra que es necesario desarrollar la escucha “es el comienzo de toda acción, de todo pensamiento”, porque da comienzo a nuevos rumbos, permite desinstalarse de la zona de confort para dar comienzo a una vida eclesial “peregrina, aprendiz, siempre discípula, agradecida, auscultadora de vida” porque se escucha a Dios a través de los clamores de su pueblo.

Conversión pastoral para acompañar la Iglesia del Pastor

El P. Agenor Brighenti presentó su ponencia en torno a “La conversión pastoral integral y los cuatro sueños proféticos”², donde realizó un rastreo del caminar en renovación de la Iglesia desde el Concilio Vaticano II y las conclusiones de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas. Señala que se manifiesta “la necesidad de una ‘conversión integral’, que se des-

doble en una *conversión pastoral*, en una *conversión cultural*, en una *conversión ecológica* y en una *conversión sinodal*.” Esta propuesta conduce a indicar cuatro sueños que se encuentran en clave de acompañamiento, como una muestra concreta de realizar la conversión pastoral de la Iglesia. Particularmente el cuarto sueño donde recuerda que “para Francisco, propiciar una Iglesia de rostro propio es implementar la cultura del encuentro hacia una armonía pluriforme”, por la importancia de la interculturalidad, la horizontalidad en los ministerios laicales y ordenados, donde todos puedan expresar adecuadamente “su lugar específico en la Iglesia”. Estos elementos se desarrollaron en los cuatro ámbitos a los que apunta la conversión pastoral.

El P. Brighenti apunta a los caminos de la innovación pastoral como una manera de hacer real la conversión pastoral desde el acompañamiento en los ministerios, tanto laicales como ordenados, porque es la mejor manera de ver a la Iglesia en movimiento, de reconocer que la Iglesia está saliendo del culto para mostrar en las calles al Cristo que se celebra en los templos. Además, la conversión pastoral se puede expresar en la línea de la conversión sinodal, porque promueve la interculturalidad al descubrir los valores culturales comunes que facilitan el encuentro y las expresiones diversas que enriquecen los compromisos con la transformación social.

¹ Fidel Oñoro. Reflexión para la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. México, 22-nov-2021.

² Agenor Brighenti. La conversión pastoral integral y los cuatro sueños proféticos. 23-nov-2021.

Caminar el sueño del Pastor

El mensaje final de la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, retoma el mensaje de la Conferencia en Aparecida (2007) y lo amplía mostrando la propuesta en clave de responsabilidad sinodal: “Todos somos discípulos misioneros en salida”³. El dinamismo se convierte en tarea donde todos los bautizados asumen el compromiso de “un camino de conversión decididamente misionera”, en función de transparentar y ver el “Reino de la vida” instaurado en las realidades latinoamericanas. De esa manera se cumplirá el “sueño profético al que el Señor hoy nos confirma y anima a vivir caminando juntos, guiados por su Espíritu”, como señala el Mensaje al pueblo de América Latina y el Caribe.

La escucha de los clamores del pueblo se convirtió en dolor eclesial al señalar: “Constatamos y denunciarnos el dolor de los más pobres y vulnerables que sufren el flagelo de la miseria y las injusticias”⁴, mostrando los diversos dolores compartidos que afectan el interior de la vida eclesial. Se camina en los compromisos de ver que:

La Iglesia es sinodal en sí misma, la sinodalidad pertenece a su esencia; por tanto, no es una moda pasajera o un lema vacío. Con la sinodalidad estamos aprendiendo a caminar juntos como Iglesia Pueblo de Dios involucrando a todos sin exclusión, en la tarea de comunicar a todos la alegría

del Evangelio, como discípulos misioneros en salida⁵.

Los desafíos muestran acompañamiento.

Al final, en una síntesis muy apretada, se presentan los desafíos pastorales⁶. Al mirarlos con atención, aunque el segundo y el duodécimo comienzan con el verbo “acompañar”, están expresados en formas de desarrollos que requieren acompañamiento para lograr lo que se propone cada desafío.

El desafío de “Acompañar a las víctimas de las injusticias sociales y eclesiales con procesos de reconocimiento y reparación”, y de “Acompañar a los pueblos originarios y afrodescendientes en la defensa de la vida, la tierra y las culturas”, requieren acciones de reconocimiento y valoración de los jóvenes que dinamizan la cultura, la sociedad y la Iglesia; de impulso en la participación de las mujeres; de promoción y defensa de la vida en todos los sectores sociales y eclesiales; de promover los compromisos de los laicos. Por supuesto que acompañar implica: escuchar, renovar y reafirmar la formación en los seminarios, la experiencia de una Iglesia como pueblo de Dios de manera horizontal y el compromiso ecológico, desde el encuentro personal con Jesucristo.

El principal clamor de los pueblos latinoamericanos es el acompañamiento en los procesos personales

³ Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. Mensaje al pueblo de América Latina y el Caribe. 28-nov-2021

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

⁶ Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. Los Desafíos Pastorales. 28-nov-2021.

y comunitarios, el seguimiento a los “itinerarios formativos” para que sean coherentes con la realidad social, con la adecuada relación entre lo que se celebra en los templos y su incidencia tanto en el crecimiento eclesial como en la transformación social. La promoción y defensa de la “dignidad de la vida y de la persona humana” en todas las etapas de la vida, requieren la “participación de los laicos”⁷ en todos los nichos donde se toman decisiones fundamentales de la vida eclesial y social.

Conclusiones

Las reflexiones iniciales fueron marcando una tendencia y abriendo líneas de reflexión, lo que generó momentos fuertes en los que se tuvo permiso de hablar desde el dolor que se convierte en clamor. Se mostró que se requieren pastores generosos, respetuosos y con disposición al trabajo horizontal con los laicos a servicios diversos (más allá del ámbito litúrgico), de gobierno e impulso de acciones de conversión pastoral. La innovación pastoral que proponen los ponentes requiere que la sinodalidad se realice entre iguales y que se superen totalmente los desastres causados por el clericalismo, como lo

propone el quinto desafío.

Las categorías de sinodalidad, conversión pastoral e Iglesia en salida se fueron convirtiendo en lugares teológicos que pueden llevarse a la praxis a través de propuestas de innovación pastoral, lo que conduce a reconocer que el camino se está realizando y que existe un gran campo de acción en el crecimiento eclesial y la transformación social.

⁷ Ibid.

ECLESIOLOGÍA DE LA ASAMBLEA ECLESIAL



<https://pixabay.com/photos/a-book-bible-open-glasses-1936547/>

Mg. Hans Schuster R.
Centro Rafael García Herreros.

Introducción

Revalorización teológica y pastoral del “Pueblo de Dios”

El Santo Padre, al comienzo de su pontificado, decía que “La imagen de la Iglesia que más me gusta es la del santo Pueblo fiel de Dios”, desde entonces, el Papa Francisco ha utilizado muchas veces esta definición de la Iglesia tomada del Capítulo II de *Lumen gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II; realizando, una revalorización teológica y pastoral del “Pueblo de Dios” que está contenida sobre todo en la Exhortación Apostólica *Evangelio gaudium*, considerado el documento programático de su pontificado.

La reciente Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe retoma, a

su vez, esta imagen del “Pueblo de Dios” tan querida por el papa Francisco, además de algunos temas eclesiológicos que son líneas de fuerza de la presentación eclesiológica del Concilio y el Documento de Aparecida.

La Constitución Dogmática sobre la iglesia *Lumen gentium* en el capítulo II habla del “Pueblo de Dios”, en el que se destacan las siguientes ideas:

“Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. 1 Co 11,25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios. Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo (cf. 1 P 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn 3,5-6), pasan, finalmente, a constituir «un lina-

je escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es “pueblo de Dios”» (1 P 2, 9-10).” LG 9

“Más aún, confortados con el cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del “Pueblo de Dios”, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento”. LG 11

“Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo “Pueblo de Dios”. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos, que estaban dispersos, determinó luego congregarlos (cf. Jn 11,52).” LG 13

“La Iglesia o el “Pueblo de Dios”, introduciendo este reino, no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes, al contrario, fomenta y asume, y al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno.” LG 13

“Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del “Pueblo de Dios”, que simboliza y promueve paz universal, y a ella pertenecen o se ordenan de diversos modos, sea los fieles católicos, sea los demás creyentes en Cristo, sea también todos los hombres en general, por la gracia de Dios llamados a la salvación.” LG 13

Y la Constitución Pastoral sobre la iglesia *Gaudium et spes* habla de:

“El “Pueblo de Dios”, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas.” GS 11

“Es propio de todo el “Pueblo de Dios”, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada.” GS 44

En la Asamblea eclesial¹

En su intervención el Cardenal Mario Grech propuso esta reflexión: “El Sínodo nos pide caminar juntos. No será posible una conversión misionera si no se lleva a cabo una conversión sinodal, que implica una escucha humilde y respetuosa del otro y de sus razones; que tenga la valentía de pedir y dar el perdón; que quiera la unidad no al precio de la verdad, sino que nunca identifique la verdad con ‘mi’ verdad”.

¹ Intervención del Cardenal Mario Grech en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe el 25 noviembre 2021

El Cardenal Marc Ouellet² lanzó los siguientes interrogantes: “¿Cuál es el sueño de una Iglesia sinodal? ¿Una nueva moda? ¿Una estrategia de comunicación? ¿Una ideología disfrazada de programa pastoral? ¿Un método para la conversión misionera de la Iglesia?” Dejó para la Asamblea esas preguntas con el fin de incentivar la reflexión.

Y el presidente de la Comisión para América Latina continuó su exposición afirmando: “Se trata del sueño del Papa Francisco: una Iglesia sinodal. La realidad es simple: El Papa cree en el Espíritu Santo y quiere que aprendamos a escucharlo mejor en todos los niveles de la Iglesia”. Se trata, recalcó, de escuchar lo que el Espíritu Santo está diciendo a toda la Iglesia de la región”.

En la misma línea afirmó Monseñor Miguel Cabrejos³: “Hoy somos parte de esta experiencia sinodal inédita para nuestra Iglesia en América Latina y el Caribe, en comunión con toda la Iglesia universal. El Papa nos dijo: ‘esta Asamblea debe estar junto al pueblo; no se olviden que todos somos parte del “pueblo de Dios”’

² Intervención del Cardenal Marc Ouellet en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe el 26 noviembre 2021

³ Intervención de Monseñor Miguel Cabrejos en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe el 21 noviembre 2021

Desafíos pastorales⁴

En el documento que prioriza los desafíos pastorales se destacan los siguientes con relación al concepto “Pueblo de Dios”:

Desafío 9: Renovar, a la luz de la Palabra de Dios y el Vaticano II, nuestro concepto y experiencia de Iglesia “Pueblo de Dios”, en comunión con la riqueza de su ministerialidad, que evite el clericalismo y favorezca la conversión pastoral.

Promoviendo una formación en todos los espacios (seminarios, casas de formación, escuelas para laicos) acerca de una Iglesia Sinodal, Samaritana y Profética, en salida y comprometida con la defensa de la vida en nuestros Pueblos. Implementando estructuras de comunión y participación en las parroquias que fomenten la corresponsabilidad en la animación misionera y poniendo en marcha sistemas de rendición de cuentas. Haciendo de la animación bíblica pastoral una escuela de Sinodalidad en la escucha, el discernimiento, la toma de decisiones y evaluación de la acción pastoral.

Desafío 6: Promover la participación de los laicos en espacios de transformación cultural, político, social y eclesial.

⁴ Cfr. <https://asambleaecclesial.lat/wp-content/uploads/2021/11/DESAFIOS-ASAMBLEA.pdf>

Despertando la conciencia del laicado sobre su misión en la promoción de políticas públicas que posibiliten una economía más justa y humana. Fortaleciendo la formación para participación, cuidado y transformación social, cultural y política.

Conclusión

La Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe retoma los conceptos de “Pueblo de Dios” donde tiene protagonismo el laico, siguiendo al Concilio Vaticano II (Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* y la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*).

También se retoma la eclesiología de Aparecida que tiene como trasfondo la problemática de la eclesiología de la Iglesia local y el caminar de la Iglesia de América Latina y del Caribe desde Medellín. Con gran realismo pastoral, Aparecida reconoce la crisis de fe y de pertenencia eclesial del continente y opta por pasar de una Iglesia de bautizados a una Iglesia de discípulos, de una Iglesia conservadora a una Iglesia en estado de misión.

El Papa Francisco toma la categoría de pueblo y restablece su centralidad considerando que el pueblo expresa la idea de un Dios que lo llama y lo reúne. La Iglesia, le gusta decir al Papa Francisco, es el pueblo santo y fiel de Dios que camina en la historia. Él mismo es Obispo del pueblo porque siempre ha vivido su misión en él. No mira a la Iglesia desde arriba, sino que se reconoce a sí mismo como miembro de dicho pueblo.

EXPERIENCIAS DE VIDA Y DE EVANGELIZACIÓN CON LA COMUNIDAD INDÍGENA YANAACONA

Mg. Norma Constanza Reyes
Centro Rafael García Herreros.

La narración que voy a ofrecer es de una realidad vivida años atrás, fruto de una seria motivación producida por dos acontecimientos:

1. El anhelado encuentro del padre Rafael García Herreros con los indígenas Motilones, para hacer algo por sus abandonadas almas extendiéndoles la fe.

En 1963, el padre Rafael García Herreros realizó un viaje, a la Motilonía. En carta del 13 de noviembre de 1940, enviada desde Pamplona al padre León Nicolás, superior provincial de la Congregación Eudista, le había dicho: "Llevo un año deseando hacer algo por las abandonadas almas de los motilones. Mi sacerdocio y mi juventud reclaman una pequeña incomodidad por Jesucristo. Le suplico me permita ayudar un poco al señor Obispo en esa obra ..." En una segunda carta enviada al Provincial el 7 de noviembre de 1943, le dijo "Yo estoy pensando desde hace dos años en los motilones... "Nadie se ha atrevido hasta ahora. ¿No pudiera un eudista intentarlo?... "Le ruego padre Provincial, considerar esto... Respecto de Monseñor, hablando hace dos años con él, me ofreció ese punto de gloria y de lucha". Después de veinte años, en diciembre de 1963, se realizó la aventura, guiado por "la milagrosa brújula de la fe"¹.

¹ Jaramillo, Diego. Rafael García Herreros. Una Vida y una Obra. pp. 311-314.

2. La Sinodalidad como expresión de identidad de la Iglesia como Pueblo de Dios en camino, en peregrinación hacia el Reino; subrayando la dignidad común de todos los cristianos y afirmando su corresponsabilidad en la misión evangelizadora. ¿Qué significa que la Iglesia crezca en Sinodalidad?

El desafío clave que el proceso sinodal plantea a la vida de la Iglesia remite a una concepción renovada de la «comunidad», entendida en términos de «inclusión»: involucrar a todos los componentes del Pueblo de Dios, especialmente a los marginados, a los pobres, bajo la autoridad de aquellos a los que el Espíritu Santo propone².

Ubicación del Resguardo Indígena Yanacona de Rioblanco:

El Cauca, ubicado en el suroccidente de Colombia, se caracteriza por ser un departamento heterogéneo social, cultural y económicamente. Además, factores de localización, topografía, clima y recursos naturales, han determinado la forma de explotación agrícola, y los asentamientos de los grupos humanos.

² 19 mayo 2021



Foto: Juan Pablo

<https://www.onic.org.co/pueblos/1162-yanaconasC3%B3lica-el-hermoso-signo-del-pesebre-11.jpg>

En el nudo montañoso llamado “Macizo Colombiano” y en las faldas del volcán Sotará se encuentra el corregimiento de Rioblanco, que encierra el resguardo del mismo nombre, situado al sur del municipio de Sotará y al norte con el corregimiento de Chapa y el Municipio de La Sierra; al suroccidente con el Resguardo indígena de Guachicono y el Municipio de La Vega; al oriente con el departamento del Huila.

Según Juan Friede, los Yanaconas son el resultado de una etnogénesis iniciada después de la conquista, por fusión de nativos con indígenas del imperio Incaico, traídos por españoles. Según cronistas, en el año 1535 Sebastián de Belalcázar trajo del Perú y de Ecuador más de 6.000 indígenas yanaconas, y en un segundo viaje 3.500 que se ubicaron entre Caquiona y Sotará. A raíz de un conflicto judicial, llegó la orden de la Corona Española

de reducirlos a vivir en los resguardos ya señalados.

Según confirman los lugareños, la fundación de Rioblanco data del siglo XVIII. Los Yanaconas, aunque hablan español, heredaron una marcada influencia del quechua.

Los factores externos que mediaban en esos y en otros cambios eran: los medios de comunicación, las migraciones, los narcocultivos, los grupos movilizados, la politiquería, la educación ajena a la realidad de la comunidad, etc. “generando, pandillas juveniles, alcoholismo, drogadicción, prostitución, irrespeto a la autoridad y violencia³.”

Sin embargo, a ellos les gustaban los ritos litúrgicos y domésticos como bautismo, matrimonio, funeral, velorio, alumbrado, y períodos religiosos como Navidad, Semana Santa y Fiestas Patronales. Profesan una devoción espe-

³ Hormiga Orlando, Vicegobernador del Cabildo Mayor, 1994.

cial a la Virgen María y al Niño Dios. Ese fue el contexto de la bella experiencia misionera vivida.

Conocimiento y relación con la comunidad del Resguardo

Desde mi llegada, me dediqué a conocer a los miembros de la comunidad, sus viviendas, trabajos y sentido religioso. Para lograrlo, me conectaba con algún miembro de las familias y a través de esa persona, los invitaba a participar en la Misa, que periódicamente celebraba el sacerdote, y a aprovechar los momentos que tenía, para que se acercaran al sacramento de la confesión. En su ausencia, las dos personas que estábamos con ellos, realizábamos una Celebración de la Palabra y dábamos la comunión, aspecto propuesto por el señor arzobispo de Popayán.

La mayor parte de los indígenas rioblanqueños se profesaban católicos. Décadas anteriores, Rioblanco había sido erigido como parroquia, perteneciente a la Arquidiócesis de Popayán, y tenía como Patrona a la Virgen de la Asunción.

Tuve la oportunidad de vivir con los indígenas tres años, en los cuales conocí su sentido comunitario, su gobernanza, su proceso educativo, su sentido familiar y religioso...

Los grupos domésticos eran la base organizativa de la vida social de la comunidad. En ese momento la familia rioblanqueña pasaba por una crisis: de núcleo pacífico se estaba convirtiendo en generadora de violencia.

No obstante, la comunidad rioblan-

queña poseía un ciclo educativo que se desarrollaba desde los hogares infantiles, preescolares, escuelas y colegio. Sin embargo, la deserción escolar era alta debido a problemas familiares y carencia de recursos económicos. De todas maneras, los jóvenes indígenas caucanos, eran considerados buenos estudiantes porque eran muy inteligentes. De hecho, ese último año que viví en el Resguardo, 12 jóvenes de la comunidad fueron becados por las universidades Nacional y Pedagógica de Bogotá.

Aunque el Resguardo tenía una adecuada infraestructura, la salud se veía afectada por eso insistía en la medicina tradicional.

En cuanto a las expresiones culturales, la música, los bailes y las artesanías eran las manifestaciones más importantes.

En ese momento, "el Cabildo era un instrumento de transformación social de la comunidad, afirmaba sus costumbres, fortalecía sus instituciones, defendía y estimulaba su cultura, controlaba sus tierras y recuperaba legalmente las usurpadas"⁴.

Fue en estas realidades de la comunidad Yanacona, donde el apoyo a las familias se nos presentó como un elemento clave para trabajar mucho más por su evangelización y por todos los aspectos que les ayudaran a su convivencia y a su sentido cristiano de la vida, de tal manera que pudieran "reconstruir la Casa Yanacona sin perder los cimientos".

⁴ C. Zambrano, 1993.

Tuve la oportunidad de entablar buenas relaciones con ellos, los visitaba con frecuencia, caminaba largos trechos o subía a caballo, a visitar a los enfermos a los necesitados, para prepararlos a la participación eucarística o a los otros sacramentos. En algunos momentos, atendí, en sus últimos instantes a personas que morían, ayudar a desenterrar algún muerto, realizar funerales e incluso recibir una bebé.

Recuerdo que mi compañera de misión fue a llevarle la comunión a un enfermo, retornó pronto y un tanto apenada por no haber logrado su objetivo, el señor no se la recibió. El sacerdote ya había estado con él y sabíamos que le quedaba poco tiempo. Por ello, me pidieron que yo hiciera el intento. Cuando llegué y me acerqué, vi que los labios del enfermo estaban florecidos. Entendí la situación y le pedí, al familiar presente, un algodón y agua limpia para remojarle los labios y una cucharita para darle de beber. El gesto del enfermo me confirmó su agradecimiento, un rato después, le pregunté si quería recibir al Señor en la hostia. Me dijo que sí. Oramos y le di la comunión. En silencio agradecíamos a Dios cuando de pronto me percaté que su mirada algo me decía, era un gracias y un adiós. Con un gesto invité a los familiares a estar atentos a ese momento definitivo. El cerró los ojos y se fue.

Con otro enfermo, que estaba entubado y muy delicado, el hecho de visitarlo, prepararlo y darle la comunión fue un aliciente para serenarse.

No esperábamos que fuera a morir en ese momento, pero de pronto, me percaté de que su mirada decía adiós a su familia y luego, mirándome a mí, sentí su agradecimiento y su despedida. Cerró los ojos y murió. A mí se me salieron las lágrimas, pues reviví la muerte de uno de mis hermanos que hacía una semana había fallecido y al que no vi, pues llegué únicamente a la misa que se celebraba en Bogotá. Los indígenas, sorprendidos por mis lágrimas, comentaban que yo los quería mucho y por eso hasta lloraba por ellos.

Otro hecho significativo, pero muy distinto de los anteriores fue: un indígena muy anciano murió en uno de los sectores más altos y distantes del resguardo. Los vecinos lo bajaron cargándolo en palos entrecruzados y cubriéndolo con una vieja camisa. Como de costumbre, lo dejaban en la Iglesia para velarlo. Lamentablemente, los Cabildantes del Resguardo estaban reunidos con otros, en Popayán, se demoraban un par de días. Era costumbre que ellos se hacían cargo de proporcionar las cajas o ataúdes a los indígenas que vivían muy solos o no tenían los medios para comprarlos. Al día siguiente, cuando no estaba el sacerdote, yo realizaba un pequeño funeral (en algunas ocasiones, como esa, yo estaba sola). Como no pudimos conseguir una caja mortuoria, me acordé que yo tenía guardada una bolsa grande y fuerte, que era de una colchoneta que había comprado para la Casa Cural, donde vivíamos. La saqué y en ella metimos al muerto para

llevarlo, luego, al cementerio. Se hizo el entierro acostumbrado. Pero en la noche, me sorprendieron unos indígenas al contarme, que después, en la tarde, un par de yanacunas habían comentado, que la bolsa empleada para el muerto era muy buena y podía servir para cosas mejores. Habían regresado al cementerio a desenterrar al muerto y sacarle la bolsa. Luego habían tirado al muerto en la fosa y lo habían vuelto a cubrir con tierra.

Yo me molesté mucho, los llamé y exigí que me devolvieran la bolsa y les dije si el beneficiado hubiera sido su padre u otra persona cercana, no lo hubieran hecho. Al día siguiente, con herramientas en la mano, retornamos al cementerio y sacamos al muerto. Yo lo limpié y lo volvimos a meter en la bolsa. Esta vez, para obviar problemas, llevé cinta pegante y lo amarré con ella por donde más pude, de manera, que, si querían volver a retirar la bolsa, se les rompiera. Les pedí a algunos acompañantes que ahondaran la fosa y así, mientras rezábamos, se enterró y se le colocó la cruz. Esta vez el comentario de ellos fue que era la primera vez que me habían visto muy enojada.

En otra ocasión, llegó a visitarnos una superiora de Roma. El joven sacerdote que nos celebraba la Misa y que atendía espiritualmente a la Comunidad del Resguardo, la llevó en su camioneta y estuvo esos pocos días, subiendo diariamente a celebrar la Eucaristía y a pasearla por distintos sitios del lugar para que conociera, lo mejor posible, el sitio en donde trabajábamos.

En una de las últimas salidas, íbamos también con ellos en la camioneta. El sacerdote que nos llevaba paró de pronto en una de las vueltas de la carretera: una pareja de jóvenes se nos acercó pidiendo ayuda. Apenas me vieron, me dijeron que los ayudara, la joven de unos 16 años estaba embarazada y estaba por dar a luz, se notaba que estaba empezando el proceso, el muchacho de unos 18 o 19 años, también nos reiteró el pedido. La preocupación nuestra era que estábamos en un lugar distante de casas, la joven señaló que un poco más allá, en una bajada de cerro había una casa que era de su mamá, aunque en ese momento ella no estaba. El sacerdote manejó un poco más, y efectivamente se veía desde la altura de la carretera una casona. Bajamos a pie, el joven se adelantó con la chica para abrir la puerta. Cuando llegamos, le pedí al joven que pusiera leña en el fogón para calentar agua. La joven, que se sentía muy mal, se entró a una pieza donde había una cama. Pero no la usó. Se agarró de una baranda para sacarse el ajustado pantalón que llevaba puesto, como no lograba hacerlo, me acerqué a ayudarla y con mucha dificultad logré bajárselo un poco, en ese momento sucedió lo inesperado para mí, me cayó la bebé en las manos. En ese momento recordé que en Educación Sexual en la Normal de Santiago de Chile nos habían enseñado que cuando nacía un bebé, había que moverlo un poco para que gritara o llorara, de manera tal que empezara a respirar. Así lo hice, luego corté el

cordón umbilical e hice los respectivos nudos. Era una niña, se la entregué a las hermanas para que la limpiaran o bañaran y como no había con qué envolverla, dos de las hermanas se sacaron las enaguas que sirvieron como cobertores. Mientras tanto yo limpié y arreglé a la nueva mamá y le pedí al joven papá, la recostara en la cama mientras llegaba su madre, a la que ya le habían avisado.

Con este hecho, culminó esta narración. Hubo otras situaciones importantes, pero el tiempo no lo permite. Gracias por ofrecerme esta oportunidad.

Seguramente la práctica misionera, actualmente, se entiende de otra manera: ya no se trata de 'cristianizar a todos', sino de compartir la riqueza del evangelio. Además, la visión que se tiene respecto de las comunidades ancestrales es otra. La que se tenía anteriormente (y con la que muchos misioneros trabajamos) correspondía a una visión europeizante sobre estos pueblos y no carente de un cierto talante colonial. Sin embargo, quise compartir esta experiencia, no sólo porque considero importante visibilizar esta experiencia de vida y de evangelización, sino porque de ella se pueden rescatar diversos aspectos profundamente válidos

- La importancia de establecer diálogo y encuentro con los pueblos ancestrales.

- Reflexionar sobre el sentido y los modos que la misión con ellos (y no sobre ellos) reviste actualmente.

- La necesaria experiencia de terreno cuando se trata de evangelizar (no se evangeliza desde escritorio, sino desde el encuentro...el escritorio – en caso de ser necesario – vendrá después.

- La exigencia de plantearnos el tema de la interculturalidad, pero desde una perspectiva crítica.

- La sensibilidad humana y la praxis de misericordia como dos signos fundamentales de toda auténtica evangelización.

- La dimensión social del Evangelio.

La reciente Asamblea Eclesial Latinoamericana, señaló doce (12) desafíos, de los cuales, por lo menos, dos de ellos (el número N y el número 12) tienen que ver con las comunidades ancestrales:

7. Escuchar el clamor de los pobres, excluidos y descartados.

12. Acompañar a los pueblos originarios y afrodescendientes en la defensa de la vida, la tierra y las culturas.

Invito a los lectores a retomar estos aspectos y a enriquecer con ellos la reflexión y la praxis evangelizadora.

LA ESPIRITUALIDAD DE LA COMUNIÓN EN LA ASAMBLEA ECLESIAL DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: APROXIMACIÓN DESDE LA EXPERIENCIA DE UN ASAMBLEÍSTA



Imagen: Asamblea Eclesial – Comisión de espiritualidad y liturgia

P. Hermes Flórez Pérez, CJM
Director Centro Rafael García Herreros

Objetivo

Desarrollar un acercamiento a la experiencia de la espiritualidad de la comunión vivida a la luz del proceso sinodal realizado en la Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe, con el fin de decantar puntos de interés y desafíos que motiven su profundización como realidad indispensable para el 'caminar juntos'.

Introducción

La espiritualidad cristiana es "la vida según el Espíritu... dejarse inspirar por el aliento divino..." (Saint-Arnaud, 2002,

p. 18). Así de simple y de complejo es el dinamismo que nos aventura en este breve escrito a reflexionar sobre la espiritualidad de la comunión, animados por la propuesta de Aparecida y el documento sobre la sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia, apalancados por la experiencia concreta de participación en la Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe.

La espiritualidad no es una "práctica devocional" o una serie de actividades desarrolladas a lo largo del proceso de la Asamblea, sino un dejarnos encontrar por Dios. Jean-Guy Saint-Arnaud dice que "*en la experiencia cristiana no se trata tanto de esforzarnos por llegar hasta Dios cuanto*

de acogerlo cuando viene a nosotros” (Saint-Arnaud, p. 138) y que “la experiencia espiritual cristiana está constituida precisamente por esta búsqueda de Dios a través de múltiples signos de su presencia: los siete sacramentos oficiales, la Iglesia, los sacramentos de los pequeños y de los pobres (Mt 25, 31-46; 10,40; 18,5), el sacramento del otro (nunca se está tan cerca de Dios como cuando se está cerca de alguien), los signos de los tiempos, etc.” (Saint-Arnaud, p. 141). De lo anterior puede concluirse que, de la misma manera que la sinodalidad es un modo de ser o de vivir, más que un tema de momento, la espiritualidad de la comunión, en el contexto de la sinodalidad es la permanente escucha de la voz del Espíritu a través de la voz de su pueblo.

Para delimitar nuestra intención recordaremos algunos numerales de Aparecida en el marco de la espiritualidad de la comunión, delinearemos la manera de vivir la espiritualidad de la comunión según el documento de la Comisión Teológica Internacional, articulados con algunos puntos de interés y desafíos a la luz de la experiencia vivida en la Asamblea Eclesial. Nuestra finalidad es animar en la profundización del tema y no agotarlo con este breve documento.

Aproximación a la espiritualidad de la comunión en la V Conferencia del Episcopado reunido en Aparecida

Cuando el documento de Aparecida aborda la situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos que vive la Iglesia Católica en América Latina y el Caribe, reconoce varios esfuerzos pastorales orientados hacia el encuentro con Jesucristo vivo y que siguen dando muchos frutos. Entre estos sobresalen: la animación bíblica de la pastoral, la renovación litúrgica, el aprecio a los sacerdotes, la entrega de tantos misioneros y misioneras, la renovación pastoral en las parroquias, la doctrina social de la Iglesia y la diversificación de la organización eclesial, con la creación de muchas comunidades, nuevas jurisdicciones y organismos pastorales, que permite la estructuración de una pastoral orgánica para servir mejor a las necesidades de los fieles (n. 99). Inclusive, se reconoce que, como reacción al materialismo, hay una búsqueda de espiritualidad, de oración y de mística que expresa el hambre y sed de Dios. Sin embargo, en seguida alerta sobre algunas sombras, también en el terreno de la espiritualidad: “nos preocupa una espiritualidad individualista”, asegura categóricamente en el numeral 100c, lo que en definitiva no es una espiritualidad cristiana. Estas afirmaciones preparan el terreno para la aparición del término de “espiritualidad de la comunión”, que es incluido por primera vez en el contexto de los

lugares eclesiales para la comunión, específicamente en las Comunidades Eclesiales de Base y Pequeñas comunidades, quienes “tienen la palabra de Dios como fuente de su espiritualidad y la orientación de sus pastores” (esta idea es retomada en el numeral 307) y de las Conferencias Episcopales y la comunión entre las Iglesias. De estas últimas, dice: “Esta experiencia de comunión episcopal, sobre todo después del Concilio Vaticano II, debe entenderse como un encuentro con Cristo vivo, presente en los hermanos que están reunidos en su nombre. Para crecer en esa fraternidad y en la corresponsabilidad pastoral, los obispos deben cultivar la espiritualidad de la comunión en orden a acrecentar los vínculos de colegialidad que los unen a los demás obispos de su propia Conferencia, pero también a todo el Colegio Episcopal y a la Iglesia de Roma, presidida por el sucesor de Pedro: cum Petro et sub Petro.” (No. 181). De aquí se denota entonces la suma importancia de la espiritualidad de la comunión en el contexto de la colegialidad episcopal.

Esta espiritualidad de la comunión de los obispos es retomada en el numeral 189: “los obispos hemos de procurar la unión constante con el Señor, cultivar la espiritualidad de la comunión con todos los que creen en Cristo y promover los vínculos de colegialidad...” (idea que es profundizada en el numeral 368, donde se habla de la espiritualidad de la comunión y participación como principio educativo). Sin embargo, hay un salto significati-

vo cuando se aborda el tema desde los presbíteros y específicamente los párrocos, pues en una comunidad de discípulos misioneros, como lo es la parroquia, los organismos, si quieren superar cualquier clase de burocracia, “han de estar animados por una espiritualidad de la comunión misionera: sin este camino espiritual de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento” (No. 203).

Producto de este breve acercamiento a la espiritualidad de la comunión, pueden concluirse por lo menos dos aspectos: 1) Que el cultivo de la espiritualidad de la comunión se promueve especialmente al interior de la colegialidad episcopal y 2) Que las Comunidades Eclesiales de Base son escenarios donde últimamente ha crecido la espiritualidad de la comunión para llegar, como lo dice el numeral 307, a que “los bautizados vivan como auténticos discípulos y misioneros de Cristo”. Por tanto, dejemos que la Comisión Teológica Internacional nos lleve a delinear esta espiritualidad de la comunión en ambientes más allá de la colegialidad episcopal.

Acercamiento a la espiritualidad de la comunión en el documento “La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia”, de la Comisión Teológica Internacional (CTI)

La CTI plantea que la espiritualidad de la comunión debe ser acogida por los bautizados como “don y compromiso del Espíritu que se ejercita en la docilidad a sus impulsos, para educarse a vivir en la comunión la gracia recibida en el Bautismo y llevada a cumplimiento por la Eucaristía” (107). De hecho, “la asamblea eucarística es la fuente y el paradigma de la espiritualidad de la comunión”, donde del yo individualista se pasa al nosotros eclesial. El documento sobre la sinodalidad retoma varios elementos de Aparecida, especialmente en lo referido a la importancia de la espiritualidad de la comunión como remedio contra la arbitrariedad y las pretensiones injustificadas. Cabe resaltar que, en últimas, estos desarrollos son los propuestos por san Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*.

Sin embargo, en el contexto de la Asamblea Eucarística, como fuente y paradigma de la espiritualidad de la comunión, la Comisión Teológica Internacional recuerda los elementos específicos de la vida cristiana, destinados a plasmar el *affectus sinodalis*, aspecto este último en el que se requiere formación, es decir, formación para la vida sinodal. Los elementos son: la invocación de la Trinidad, la re-

conciliación, la escucha de la Palabra de Dios, la comunión y la misión.

Con base en estos elementos de la espiritualidad de la comunión en el marco de la sinodalidad, desarrollamos a continuación la experiencia significativa de participación en la Asamblea Eclesial, destacando puntos de interés y proponiendo algunos desafíos que animen la investigación sobre el tema. Por motivos de extensión no se puede profundizar en cada elemento, pero se invita al lector a profundizar en posteriores estudios en la novedad de cada uno de estos en el proceso sinodal.

Puntos de interés y desafíos en la espiritualidad de la comunión, en el contexto de la Asamblea Eclesial

La Asamblea Eclesial de América Latina y El Caribe fue fundamentalmente un ejercicio de espiritualidad. Siempre resonó en los oídos de los asambleístas y demás participantes la invitación constante a escuchar la voz del Espíritu (Galli habló, por ejemplo, del desborde del Espíritu). De hecho, tanto los espacios en señal abierta como los trabajos en los grupos de discernimiento propiciaban tiempos para la oración, la escucha atenta de la Palabra de Dios, momentos de silencio y participación de los asambleístas. En síntesis, fue una Asamblea que hizo vida la espiritualidad de la comunión, la participación y la misión. De hecho, fue en el marco de la oración donde resonaron afirmaciones como:

“Comenzamos esta jornada con la entronización de la Palabra de Dios, que es Palabra de vida para todos los pueblos de América Latina y El Caribe. Jesús es la respuesta al amor dado y el inicio de toda vida auténticamente cristiana es decir plenamente humana” (primer día, Hna. Daniela Cannavina)

“Dios nos ha llamado a la plenitud de la vida, pero no para guardarla, sino para compartirla con todos los pueblos y toda la creación. Por eso somos discípulos misioneros, escuchamos al Maestro y vamos donde él quiere. Que a nadie se le niegue la palabra: seamos verdaderamente pueblo de Dios en desborde, con propuestas totalizantes. Hoy miramos a nuestra querida Amazonía para comprometernos a arriesgar la vida por el Evangelio... Por una Iglesia en salida y misionera, bendita seas, querida Amazonia” (tercer día, Comisión de Espiritualidad y Liturgia);

“No hay eclesialidad sin la dimensión femenina, sin el rostro femenino de la Iglesia, portadora de vida, de esperanza y de ternura. Todas las mujeres, niñas, adolescentes, jóvenes, adultas, ancianas, laicas, consagradas, madres, solteras, viudas, separadas... todas están en el corazón de esta Asamblea Eclesial” (Comisión de Liturgia y Espiritualidad); “Todos somos discípulos misioneros en salida, y queremos llegar todos juntos a tiempo” (cuarto día, Comisión de Liturgia y Espiritualidad).

Uno de los puntos de interés de este ejercicio espiritual fue ciertamente la misma novedad que llevaba en su esencia la Asamblea Eclesial, es decir, el ser “eclesial”, un encuentro de muchos caminantes que constituían el Pueblo santo de Dios. Puede decirse que en este escenario se manifestó la eclesialidad de América Latina y El Caribe: “La Iglesia, llamada de *Trinitate plebs adunata*, como Pueblo de Dios está habilitada para orientar su camino en la misión «hacia el Padre, por medio del Hijo en el Espíritu Santo». De esta manera la Iglesia participa, en Cristo Jesús y mediante el Espíritu Santo, en la vida de comunión de la Santísima Trinidad destinada a abrazar a toda la humanidad.” (CTI, 43)

Otro de los puntos de interés fue el ejercicio de la reconciliación. La CTI asegura que “los acontecimientos sinodales implican el reconocimiento de las propias fragilidades y el pedido recíproco de perdón. La reconciliación es el camino para vivir la nueva evangelización.” (109b). Dentro de estos acontecimientos, la Asamblea hizo el discernimiento de los desafíos de la realidad que desafiaban la labor evangelizadora de la Iglesia. Aunque se reconocieron, consideramos que uno de los desafíos pendientes es el perdón recíproco como Pueblo de Dios, pues, en las palabras del cardenal Grech, “ha dado lugar a una profunda división eclesial” (Cuaderno personal de asambleísta, día 4).

La escucha de la Palabra de Dios fue un aspecto claramente marcado en el desarrollo de la Asamblea Eclesial.

Cada día, un pasaje bíblico demarcaba el rumbo y la intención del día. De hecho, cómo no recordar la primera reflexión y todos los acentos propios: “Quien aprende a leer la cruz desde la experiencia del Resucitado es el que puede anunciar a Jesucristo” (P. Fidel Oñoro, cjm. Cuaderno personal de Asambleísta, día 1). Toda una escuela de aprendizaje para la animación bíblica de la pastoral. En los grupos de discernimiento fue muy enriquecedor el aporte que cada persona en particular hacía sobre la manera como la Palabra interpelaba su apostolado y en general su vida cristiana.

Finalmente, la comunión y la misión fueron un gran desafío, especialmente en los grupos de discernimiento. Aun conociendo que somos Pueblo de Dios convocado en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, discerniendo sobre los desafíos y las esperanzas de nuestra Iglesia, teniendo como centro la palabra y propiciando un clima de familia cristiana, la espiritualidad de la comunión también refleja la necesidad de penetrar en la realidad sinodal.

Este ejercicio sinodal de la Asamblea Eclesial es propicio para pasar de una espiritualidad de la comunión colegial a una espiritualidad de la comunión sinodal (que no elimina la primera, sino que la incluye). La espiritualidad de la comunión brinda los elementos necesarios para favorecer un cambio en las maneras de relacionarse como Iglesia ministerial. Tal vez en este camino ayuden aquellos desafíos propuestos y, en el contexto de la espiritualidad, aquella clave: Propiciar el encuentro personal con Jesucristo encarnado en la realidad del Continente.